

esos tipos de fuentes. Tal vez el pero más grave que se le puede poner está en que, a pesar de que a lo largo de su estudio hace patente la especificidad del caso de que se ocupa, cae en lo mismo que critica. Por un lado busca romper con las generalizaciones de la historia oficial sobre el tema que trata, pero por el otro a partir de un solo caso hace extensivas sus conclusiones referentes al patrón de desarrollo del movimiento veracruzano no sólo a todos los movimientos del país sino también a los de América Latina, tendencia que parece estar muy de moda entre buena parte de los estudiosos de las sociedades iberoamericanas. Es indudable que se tiene que llegar a establecer modelos, pero, como lo reconce la autora, si los estudios particulares aún son escasos cabe preguntar si ya estamos listos para las generalizaciones.

Jesús MONJARÁS-RUIZ
*Instituto Nacional de
 Antropología e Historia*

William B. TAYLOR: *Drinking, homicide, and rebellion in colonial Mexican villages*, Stanford, Stanford University Press, 1979, 242 pp.

William Taylor nos ofrece un volumen novedoso e incisivo, poseedor de un valioso sustrato de ideas fundamentales para la comprensión de problemas muy importantes de la historiografía colonial y para el juicio de variados enfoques teóricos.

Es particularmente notable su constante referencia a los pueblos campesinos —*peasant villages* en el texto inglés— que, como el autor observa, son fuente de los patrones más duraderos de renovación de la sociedad campesina. *Village solidarity, village consciousness, village identity, village conflict*, entre otros, son conceptos a los que Taylor refiere constantemente los resultados de su análisis de la violencia y de la conducta social.

Desde el principio el autor discute el uso de los términos *campesino* e *indio*. Uno y otro son ambiguos en ciertos sentidos, y Taylor expone sus razones para inclinarse por el uso del primero y limitar el uso del segundo para referirse exclusiva y ocasionalmente a aquéllos que no fueron mestizos, mulatos o españoles. Según argumenta, los indios no se concebían a sí mismos como indios, con todas las implicaciones culturales del concepto, sino en la medida en que aceptaban su situación subordinada, o cuando se situaban frente a

las instituciones españolas. Pero el uso del término *campesino* no deja de ser anacrónico, y si bien tiene la ventaja de ser más universal en términos de ciencia social, su relativa corrección no suple la pérdida de la connotación cultural e histórica que el otro término posee. Taylor parece haberse impresionado por las posibles connotaciones negativas y la aparente implicación racial que conlleva la palabra *indio*, pero no consideró la amplitud del término, ni valoró sus muchas connotaciones positivas. Los pueblos campesinos de que Taylor se ocupa, con todo y sus rasgos de mestizaje físico y cultural, eran los mismos que otros historiadores no vacilarían en llamar pueblos de indios.

Siguiendo los argumentos del libro, la muestra más clara de la individualidad y de la cohesión de los pueblos parece encontrarse en las rebeliones —casi siempre identificadas con un pueblo en particular— y en el hecho de que la violencia se encuentre concentrada, en términos generales, en la base (familia) y en los límites extremos (intercomunales) de las relaciones sociales. Sin negar la existencia de conflictos, alega que la solidaridad fue una fuerza significativa que pudo contener los efectos y la violencia de facciones disidentes en cada pueblo y presentar un frente sólido ante amenazas externas. Al poner tal énfasis en la significación del pueblo de campesinos en el siglo xviii novohispano, Taylor es plenamente consciente de que relega a un segundo plano el significado de lazos étnicos y regionales, que encuentra muy diluidos, y de lazos familiares, que ve lejos de constituir el principal núcleo de la cohesión social.

Independientemente del juicio que pueda hacerse respecto de la importancia y la subsistencia de los elementos intercomunales y familiares —en que los antropólogos han puesto tanta atención— el hecho de reclamar para el pueblo (entendido como un *discrete landholding village*) un lugar prioritario en la historia social indígena coincide perfectamente con una realidad que ya ha sido advertida en la historiografía del México colonial. No obstante, aún no se ha logrado una cabal definición de la naturaleza y la evolución de esos pueblos. Taylor acierta tímidamente, en una nota de pie de página, al sugerir una estrecha relación con los primitivos *altepeme* (que define inadecuadamente como “distritos subprovinciales”), al llamar la atención sobre la interacción entre *altepeme* y pueblos, y al reconocer en los pueblos coloniales los herederos de asentamientos prehispánicos modificados por las congregaciones y el despoblamiento. Tal vez en un futuro próximo sea posible demostrar la realidad de estos lazos y la compleja evolución de estos pueblos.

Por lo pronto el libro de Taylor refleja una visión poco dinámica de lo que fueron esos pueblos: hace énfasis en su permanencia (producto no sólo de la voluntad de los campesinos y del consentimiento de los españoles, sino del juego de condiciones locales y virreinales, del balance de intereses locales y de las presiones políticas y económicas del sistema colonial), y la subsistencia de obligaciones sociales del individuo ante su pueblo y tal vez, dice, su *altepetil*, pero no liga a uno y otro ni deja ver las transformaciones que dieron forma a los pueblos del siglo XVIII. Su mayor aproximación al tema del cambio y la evolución de los pueblos está referida al aspecto cultural, y se encuentra en las comparaciones que hace entre los del valle de México, especialmente los cercanos a la capital, que estaban más ligados al medio español y urbano y en cierto sentido más "evolucionados", y los de Oaxaca, algo menos expuestos a las influencias culturales externas. El libro, sin embargo, reconoce la complejidad de esa evolución al advertir que los cambios que experimentaron los pueblos implicaron mucho más que una alternativa entre supervivencia de rasgos antiguos y adopción de nuevos importados, con los campesinos en una posición pasiva. También deja ver algo de la ulterior evolución de los pueblos. Taylor concluye advirtiendo que, como adaptación a una sociedad colonial preindustrial, la concentración de energía e identidad en los pueblos fue bastante exitosa, si bien las condiciones económicas posteriores a la independencia les hicieron muy vulnerables a la explotación y la manipulación.

El tema de los pueblos campesinos permea sin lugar a dudas el volumen que nos ocupa. Pero, curiosamente, es difícil decir cómo. La mayor parte de las ideas fundamentales que hemos descrito están en las primeras y en las últimas páginas, pero es difícil aceptarlas como la introducción o la conclusión de los estudios que ocupan la mayor parte del volumen. Porque éste, paradójicamente, no es un libro estructurado unitariamente sino más bien la compilación de tres artículos que, aunque relacionados por su tema y por el área geográfica de que se ocupan, son muy diferentes entre sí.

El primer artículo, dedicado a la bebida y el alcoholismo, es probablemente el más simple. Taylor lo dedica a buscar la respuesta a tres preguntas principales: ¿aumentó el alcoholismo después de la conquista?, ¿subsistió el alcoholismo ritual, social y religioso?, y ¿contribuyó el alcoholismo a formar una conducta social destructiva? Se trata, por lo demás, de un estudio del consumo del pulque, aunque hay menciones referentes a otras bebidas —chinguirito, mezcál, etcétera, Taylor descarta la suposición de que haya habido ne-

cesariamente una relación directa entre el alcoholismo y fenómenos de violencia y disgregación social. Trata de evaluar correctamente las interpretaciones psicológicas sobre el uso del alcohol, dejando sólidamente refutada la idea de que los indígenas se dieron a la bebida como defensa ante la depresión y el colapso moral a que fueron empujados tras la conquista. La lectura del artículo deja ver, entre otros aspectos, el de la comercialización creciente del pulque y el del insospechado papel de la mujer en ella. El autor asevera que en el México central hubo más alcoholismo y que éste tuvo consecuencias sociales más destructivas que en la Mixteca Alta, probablemente como consecuencia de la influencia negativa que la ciudad de México ejerció sobre las normas tradicionales que en los pueblos marcaban las pautas de conducta ante la bebida. Se deja sentir la falta de un estudio sobre el alcoholismo en el medio urbano y los hábitos de las clases altas.

El segundo artículo, sobre el homicidio, se centra en cuatro aspectos: el acto, la relación entre la víctima y el victimario, la motivación del acto, y el castigo penal. Fundamentalmente se trata de un estudio estadístico basado en muestras muy específicas (México central de 1780 a 1815, y Mixteca Alta de 1620 a 1650 y 1780 a 1815) y que no presta ninguna atención a las diferentes situaciones y a la evolución que pudo haber dentro de esos períodos. En este sentido el estudio resulta un poco ahistórico y resalta sólo diferencias regionales (no temporales) que no resultan sorprendentes: en la Mixteca los homicidios estuvieron relacionados casi siempre con adulterios y defensa de privilegios comunales, mientras que los de las cercanías de la ciudad de México reflejaron más complejidad, más variedad, más agresividad y menos base para una conducta social predecible debido a influencias culturales externas. Por lo demás, las diferencias que Taylor observa entre el centro de México y la Mixteca Alta pueden cuestionarse en la medida en que sus muestras no son rigurosamente comparables.

El tercer artículo, sobre las rebeliones, que exceptúa las insurrecciones de mayor escala, analiza las características de esos movimientos (espontaneidad, brevedad, liderazgo difuso, etcétera) y sus causas y resultados aparentes. Las rebeliones fueron invariablemente protestas contra abusos y no cuestionaron la legitimidad de la dominación. Analizando varias interpretaciones que los antropólogos han formulado al respecto, unas en el sentido de que los campesinos coloniales carecieron de la cohesión necesaria para emprender una rebelión con éxito, y otras en el de que tenían la tradición innata

de hacerlo, encuentra que no son excluyentes entre sí. Aunque los campesinos no pudieran controlar plenamente las situaciones, sus actos de rebeldía no carecieron de estructura y coherencia. Ser buenos rebeldes, desde luego, no los hacía buenos revolucionarios. Taylor encuentra que, en su área de estudio, las rebeliones surgieron en las comunidades más fuertes.

Es difícil obtener una conclusión de tres artículos tan disímiles. Taylor intenta responder a dos preguntas básicas: cómo se comportaban los campesinos ante determinadas situaciones y qué se puede desprender de su conducta en cuanto a sus valores y al lugar de sus pueblos en la sociedad colonial. La primera pregunta resulta demasiado compleja. Taylor responde a ella con una amplia gama de informaciones que nos hacen resaltar elementos de conducta que tal vez no habíamos percibido antes con claridad en la sociedad campesina colonial, pero difícilmente logra dar una respuesta del todo aceptable, ya que deja abiertas numerosas interrogantes. En cuanto a los valores campesinos y el lugar de los pueblos, Taylor responde más ampliamente, pero su respuesta se desprende más bien, o así parece, de sus apreciaciones generales y acaso de su capítulo sobre rebeliones que de los estudios particulares sobre la bebida y el homicidio.

El volumen, que se cierra con una bibliografía impresionante, presenta, pues, tres artículos novedosos y documentados, a más de una introducción y una conclusión difíciles de calificar. Ambas son brillantes, pero poco articuladas. A menudo parecen pertenecer a otro libro. Taylor debió, tal vez, destinar sus mejores páginas a un libro que fuera más que una compilación de artículos.

Bernardo GARCÍA MARTÍNEZ

El Colegio de México

David A. BRADING (editor): *Caudillo and peasant in the Mexican revolution*, Cambridge, Cambridge University Press, 1980, 311 pp. «*Cambridge Latin American Studies*, 38.»

En el decenio pasado se publicaron muchos libros sobre la historia del problema y la revolución agraria de México. A ellos se ha agregado recientemente *Caudillo and peasant*, que se podría traducir quizás en plural como *Caudillos y campesinos*.